



LOS ADUANEROS

HACE algunos años, el inspector general de Aduanas de Córcega me llevó consigo en uno de los muchos viajes que hacía de continuo á la costa.

Y aunque no lo parezca, era un viaje largo; cuarenta días en el mar: poco más ó menos el tiempo que se necesita para ir y volver á la Habana, y hecho en una vieja barca en la que no teníamos para abrigarnos del viento, de las olas y de la lluvia, sino un reducido sitio cubierto con una tela embreada, en el que cabían á duras penas una mesa y dos camas pequeñas. Así es que daba compasión ver á nuestros pobres marineros cuando reinaba mal tiempo; sus caras chorreaban, sus trajes humeaban como la ropa mojada delante del fuego, y en medio del invierno esos desgraciados pasaban en tal estado días enteros y las noches acurrucados en los bancos, tiritando y mojados también, pues á bordo no se podía encender fuego, y la orilla no siempre se podía alcanzar.

Pues bien; ni uno de esos hombres se quejaba, y en los temporales más rudos los ví constantemente con la misma placidez y el mismo buen humor.

Y, sin embargo, ¡qué triste es la vida de los marineros de Aduanas!

Casi todos están casados, y teniendo mujer é hijos, pasan meses enteros fuera de su casa, bordeando aquellas costas tan peligrosas. Se alimentan con pan duro, enmohecido algunas veces, y cebollas silvestres. Jamás beben vino ni comen carne, porque cuesta demasiado, y ellos no disponen más que de quinientas pesetas anuales de sueldo.

¡Quinientas pesetas anuales!

Ya os podéis figurar lo iluminada que estará su choza y lo bien calzados que andarán sus pobres niños.

No importa; aquellos hombres están siempre contentos y alegres.

Delante de nuestro sotechado, si así puede llamarse, había una tina llena de agua de lluvia, en la que la tripulación venía á beber, y recuerdo que al último sorbo que tomaban aquellos pobres diablos, sacudían el vaso y pronunciaban un ¡ah! de satisfacción, que si parecía una expresión de bienestar cómico, era ciertamente enternecedor.

El más alegre y satisfecho de todos era un costero del estrecho de Bonifacio, tostado y rechoncho, que se llamaba Palombo.

Siempre estaba cantando, hasta en el peor tiempo.

Cuando las olas mecían con gran violencia el barquichuelo; cuando el cielo, cada vez más sombrío, amenazaba tormenta, y cuando todos con la mano en la escota esperaban la ráfaga, entonces, en el silencio y la ansiedad que reinaba á bordo, la voz tranquila de Palombo entonaba:

«No, monseñor.
Es mucho honor.
Liseta es bue...ena.
Siga la fae...ena.»

Y por más que soplara el aire haciendo crujir el velámen, sacudiendo é inundando la barca, el marinero proseguía su canción.

A veces, cuando el vendaval rugía, no se oían bien las palabras; pero entre ráfaga y ráfaga el estribillo volvía á escucharse siempre:

Liseta es bue...ena.
Siga la fae...ena.

Un día, sin embargo, en que el viento era muy fuerte y llovía mucho, no le oí cantar. Era cosa tan extraordinaria, que saqué la cabeza fuera de la cubierta y exclamé:

—Palombo, ¿no se canta ya?

Este no respondió.

Estaba inmóvil, echado debajo de un banco, y cuando me acerqué á él, sus dientes castañeteaban y su cuerpo temblaba dominado por la fiebre.

—Tiene una *pountoura*, me dijeron con tristeza sus compañeros.

Lo que llaman *pountoura* es un dolor de costado, una pleuresía.

No recuerdo haber visto nunca nada tan lúgubre como aquel cielo plumizo, aquella barca chorreando por todas partes y aquel pobre enfermo envuelto en un viejo abrigo de cautchuc que relucía con el agua como una piel de foca.

Bien pronto el frío, el aire y el sacudimiento de las olas agravaron su mal; el delirio se apoderó de él, y tuvimos que abordar.

Después de mucho tiempo y de mu-

chos esfuerzos, entramos á la caída de la tarde en un puertecito árido y silencioso, animado solamente por el vuelo de algunos pájaros.

Alrededor de la playa no se veía otra cosa que algunas rocas muy altas y varios grupos de arbustos, siempre verdes. Abajo, en la orilla del agua, aparecía una casita blanca con las maderas pintadas de gris; era el puesto de la aduana.

En medio de aquel desierto, ese edificio del Estado, numerado como una gorrilla de uniforme, tenía algo de siniestro. A tan triste asilo condujimos al desgraciado Palombo.

Al entrar en él hallamos al aduanero comiendo delante de la lumbre con su mujer y sus hijos; todos estaban muy delgados, amarillentos y con grandes ojeras, producidas por la calentura.

La madre, joven aún, tenía en sus brazos un niño de pecho y tiritaba al hablarnos.

—Este es un sitio muy malo, me dijo el inspector, y tenemos que cambiar los empleados cada dos años, pues las fiebres perniciosas los diezman.

Para atender al desgraciado Palombo hacíase preciso buscar á un médico en Sartene, á siete ú ocho leguas de allí. ¿Quién había de ir? Nuestros marineros estaban demasiado cansados y era muy largo el camino para los niños.

Entonces la mujer se asomó á la puerta y llamó en alta voz: «Cecco, Cecco,» y vimos entrar á un muchacho alto y vigoroso, verdadero tipo de cazador furtivo ó de *banditto*, con su barretina de color oscuro y su zamarrilla de piel de cabra; al desembarcar le ví sentado delante de la puerta con su pipa en la boca y su escopeta entre las piernas; mas luego, no sé por qué, huyó al aproximarnos.

Tal vez creyera que iba algún genedarme con nosotros.

—Es primo mío, me dijo la mujer cual si tratara de desvanecer en mi cerebro alguna idea considerada por ella como inconveniente. Es primo mío, y conoce tan bien el camino, que no hay peligro de que se extravíe.

Y después habló con él en voz baja,

señalando al enfermo, y el mocetón, inclinándose sin responder, salió, silbó á su perro y partió, echándose la escopeta al hombro y saltando de roca en roca como un gamo.

Mientras tanto, los niños, algo asustados por la presencia del inspector, se apresuraban para concluir de comer las castañas y el queso, únicos manjares que había en la mesa. Y siempre agua, nada más que agua para beber, cuando un buen vaso de vino hubiera sido tan provechoso para los pequeñuelos.

¡Ah, miseria!

Por fin, la madre subió al piso superior para acostarlos, el sufrido padre, encendiendo una linterna, se fué á inspeccionar la costa, y quedamos solos al lado de la lumbre velando al enfermo, que se agitaba en su camastro como si hubiese estado aún en el mar sacudido por las olas. Para calmar algo sus dolores, calentábamos ladrillos, que le poníamos luego en el costado.

Una ó dos veces, cuando me acerqué al lecho, el desgraciado me conoció, tendióme su mano áspera y noté que ardía como los ladrillos que sacábamos del fuego.

¡Triste veladal

Fuera había vuelto á empezar el mal tiempo con la puesta del sol, y en

gran manera revueltas las aguas, dejaba oír un ruido tremendo producido por el choque de las olas contra las rocas. De cuando en cuando el viento de alta mar entraba en la bahía y envolvía la casa; lo conocíamos, porque la leña chisporroteaba sacando llamas que iluminaban de cuando en cuando la faz curtida de nuestros marineros, agrupados alrededor de la chimenea, mirando el fuego con la tranquila expresión que da la costumbre de observar grandes extensiones, horizontes inmensos.

A veces también Palombo se quejaba, y entonces, fijándose en las miradas de sus compañeros, en el oscuro rincón en donde el pobre estaba muriéndose, lejos de su familia y sin socorro, las lágrimas asomaban á todos los ojos y se oían largos suspiros.

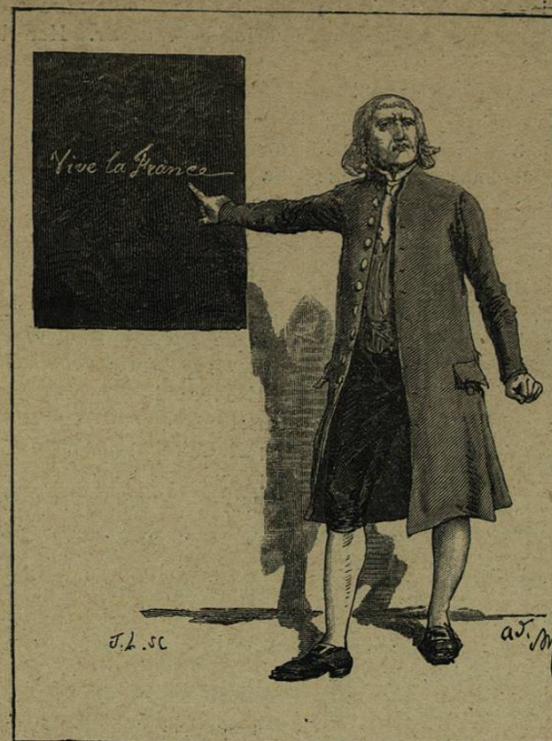
Esto es todo cuanto arrancaba á aquellos obreros del mar, llenos de resignación, el sentimiento de su propio infortunio.

Nada de afectación, nada de palabras vanas.

Un suspiro y nada más.

Sin embargo, me engaño; uno de ellos, al pasar junto á mí para echar un poco de leña en el fuego, me dijo por lo bajo, con voz anegada en lágrimas:

—¡Ved, señor! No todas son alegrías en nuestro oficio.



LA ÚLTIMA LECCIÓN DE UN MAESTRO DE ESCUELA

(Relato de un niño alsaciano.)

UNA mañana me retrasé mucho en ir á la escuela. Como tenía gran miedo de que me riñeran, porque el Sr. Hamel nos había dicho la vispera, al salir de la clase, que nos preguntaría las reglas de los participios, y yo no sabía ni una palabra de ello, me asaltó la idea de hacer novillos y de irme á pasar el día corriendo por el campo, no obstante dejarse sentir demasiado el calor.

Ciertamente que el escuchar el silbido de los mirlos entre las ramas á las orillas del bosque, el corretear por la arboleda y atormentar á los bichos

que cogía, me satisfacía mucho más que las reglas gramaticales; mas á pesar de esto, resistí á la tentación, y cambiando de parecer, eché á correr hacia el colegio.

Al pasar por la Alcaldía vi á mucha gente parada delante del enrejado de los carteles; allí era en donde, desde dos años atrás, se sabían todas las malas noticias, las acciones perdidas, las requisiciones, las órdenes de la jefatura, y pasé sin detenerme.

¿Qué podía suceder todavía?

Como atravesaba corriendo la plaza, el herrero Wachter, que estaba allí

con su aprendiz leyendo el cartel, me gritó:

—¡No corras tanto, chiquito, que llegarás bastante pronto á la escuela!

Creí que se reía de mí y entré casi sin aliento en el patio del Sr. Hamel.

Por lo regular, al empezar la clase se oía desde la calle el ruido que hacíamos abriendo ó cerrando los pupitres, repitiendo todos en alta voz y tapándose los oídos las lecciones de memoria, y la larga regla del maestro que, pegando en las mesas, quería decir:

¡Silencio!

Yo contaba con todo ese ruido para llegar á mi puesto sin ser visto; pero aquel día reinaba en la clase una completa calma. Por la ventana abierta veía á mis compañeros, cada cual en su sitio, y al Sr. Hamel que discurría de un lado para otro con su terrible regla debajo del brazo.

No había escapatoria: ó retirarme ó entrar llamando la atención. La sangre me afluí á la cara y casi temblaba de miedo.

Empujé la puerta, y penetré en la clase.

El Sr. Hamel no me riñó, antes bien, mirándome con mucha dulzura, me dijo:

—Anda pronto á tu sitio, mi pequeño Frantz; íbamos á empezar sin tí.

Salté por encima del banco y me senté en seguida delante de mi pupitre.

Algo más tranquilo ya, noté que el maestro tenía puesta su hermosa levita verde botella, su chorrera encañonada y su gorro de seda negra bordada, que no se ponía más que cuando venía algún inspector ó el día de la repartición de premios. También me pareció que todo en la clase tenía cierto aire solemne; pero lo que más me sorprendió, fué el ver en el fondo de la sala algunos vecinos del pueblo, sentados en los bancos que había vacíos y silenciosos como nosotros, al anciano Hanser, al ex alcalde, al ex cartero y á otros muchos. Todos parecían muy tristes, y el Sr. Hanser había traído consigo una vieja cartilla, que tenía abierta encima de sus rodillas, con los lentes colocados sobre sus páginas.

Mientras que yo miraba todo esto con curiosidad, el Sr. Hamel subió á la cátedra, y con la misma voz dulce que tenía al hablarme, nos dijo:

—Hijos míos, es la última vez que me encuentro en medio de vosotros; ha llegado una orden de Berlín para que no se enseñe más que el alemán en todas las escuelas de la Alsacia y de la Lorena. El nuevo maestro llega mañana, y como vais á dar hoy vuestra última lección de francés, os ruego que estéis muy atentos.

Estas palabras me trastornaron.

Eso era lo que decía sin duda el cartel puesto en la Alcaldía.

¡Mi última lección de francés!

¡Y yo que apenas sabía escribir! no podría ya aprender. ¡Oh! ¡Cómo me arrepentía de haber perdido el tiempo haciendo novillos para correr á buscar nidos ó patinar en invierno encima del Saar! Mis libros, que hacía poco encontraba tan fastidiosos y tan pesados, mi gramática, mi historia sagrada, me parecían ahora antiguos amigos á quienes sentiría mucho dejar. Lo mismo me sucedía con el Sr. Hamel; pues la idea de que iba á partir y que no le volvería á ver más, me hacía olvidar los castigos que me había impuesto muchas veces.

¡Pobre hombre!

Para honrar su última clase sin duda, se había puesto su mejor traje, y comprendía yo ahora el por qué los más antiguos vecinos del pueblo habían venido á asistir á la lección.

Querían así demostrar su sentimiento, y también podía tomarse como una manera de agradecer á nuestro maestro cuarenta años de buenos servicios y de despedir á la patria que se marchaba con él...

Reflexionando de este modo, oí que me llamaban; me llegaba la vez para recitar mi lección. ¡Cuánto hubiera yo dado por decir muy alto, y sin equivocarme en un punto, esa famosa regla de los participios; pero titubeé desde las primeras frases y me quedé de pie, meciéndome entre el banco y el pupitre, con el corazón encogido, y sin atreverme á levantar la vista, escuché al Sr. Hamel, que me decía:

—No te riño, mi querido Franz; bastante castigado estás...

He aquí lo que sucede.

Todos los días has estado diciendo: «¡Bah! tengo tiempo; mañana lo aprenderé.» Y luego ya ves lo que pasa.

¡Ah! esa ha sido la causa de la desgracia de nuestra pobre Alsacia, el dejar siempre la instrucción para otro día.

Ahora esas gentes tienen el derecho de decirnos: ¡Cómo! ¡pretendais ser franceses y no sabéis siquiera leer ni escribir vuestro idioma? Pero no eres tú el más culpable, mi pequeño Frantz, pues todos tenemos bastante que echarnos en cara.

Vuestros padres no han tenido grande empeño en que aprendiéseis, prefiriendo enviaros á cultivar la tierra ó á ganar un jornal en alguna industria, y yo mismo tengo que reprocharme el haberos ocupado muchas veces en regar mi jardín, en vez de instruiros. Y cuando se me ocurría ir á pescar truchas, también os daba asueto.

Después nos explicó algo del idioma francés, diciéndonos que era el más claro y el más concreto: que se hacía menester que lo conserváramos y no lo olvidáramos, porque cuando un pueblo cae en la esclavitud, mientras conserva su lengua, como dice Mistral, es como si tuviera en la mano la llave de sus prisiones.

Luego cogió una gramática y nos explicó nuestra lección. Me admiraba de comprenderla tan fácilmente; todo cuanto decía me parecía fácil, muy fácil. Creo que eso consistía en que nunca había escuchado con tanta atención, y que el preceptor nos daba las explicaciones con más paciencia.

No parecía sino que antes de dejarnos, el pobre maestro quería transmitirnos todo su saber.

Concluida la lección de gramática, pasamos á la escritura. El Sr. Hamel nos había preparado adrede unos modelos nuevos, en los que había escrito con su más hermosa letra: *Francia, Alsacia, Francia, Alsacia*. Era de ver cómo cada cual trabajaba, y se hacía interesante el silencio que reinaba en

la clase, turbado solamente por el rechinar de las plumas sobre el papel.

Hubo un momento en que algunos cigarrones entraron en la clase, pero nadie se fijó en ellos; ni siquiera los más pequeños, que se aplicaban con toda su alma á hacer *palotes*, como si eso también formara parte del idioma francés.

En el tejado de la escuela unas palomas estaban arrullándose por lo bajo, y yo me decía oyéndolas:

—¿Si las obligarán también á arrullarse en alemán?

De vez en cuando, al levantar la vista de mi plana, veía al Sr. Hamel inmóvil en su mesa y fijándose en todo cuanto había á su alrededor, como si quisiera con su mirada llevarse todo el menaje de su escuela.

Y no es extraño; hacía cuarenta años, día por día, que permanecía en el mismo sitio, sentado enfrente del patio y en aquella clase: la única diferencia que existía de antaño á hogaño, era que los bancos y los pupitres se habían pulido por el uso, que los nogales del corral habían crecido y que el lúpulo que había plantado, trepaba alrededor de las ventanas y llegaba hasta el tejado. ¡Qué dolor sufría aquel infeliz anciano al considerar que tenía que dejar todas esas cosas, y qué tristeza experimentaría al oír á su hermana, que en el piso principal iba y venía arreglando los baules, pues tenían que dejar el país al día siguiente y para siempre.

Tuvo, sin embargo, valor suficiente para seguir hasta la última hora.

Después de la escritura, nos dió la lección de historia; concluida ésta, los pequeños cantaron el *ba, be, bi, bo, bu*. Y allá, en el fondo de la sala, el anciano Hanser se había puesto los lentes y con la cartilla en la mano deletreaba á la par que los niños. Se veía que él también se aplicaba, su voz temblaba por la emoción, y era cosa tan rara oírle así, que teníamos todos ganas de reír y de llorar á la vez.

¡Ah! ¡Jamás olvidaré esa última clase!... El reloj de la iglesia dió las doce, y

después el campanero tocó la oración. En aquel momento las cornetas de los prusianos, que volvían de hacer ejercicio, tocaron al pasar delante de las ventanas. El maestro se levantó completamente pálido. Jamás me había parecido tan alto.

—Amigos míos, dijo, amigos míos, yo... yo...

Pero algo le ahogaba, porque no podía concluir la frase.

Una agitación nerviosa le dominaba por completo; se volvió hacia el encerrado, tomó un trozo de yeso, y apoyándole con todas sus fuerzas, escribió tan grueso como pudo:

¡VIVA FRANCIA!

Y luego se quedó inmóvil, con la cabeza apoyada en la pared, y, sin hablar, nos hizo señas con la mano, como diciendo:

—Se acabó... Podéis marcharos.

FIN DEL CUADERNO PRIMERO

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
La familia Joyeuse:	
I. Los días de adversidad.....	5
II. Los días de felicidad.....	19
Los ancianos.....	28
El secreto del molinero Cornille.....	31
El Subgobernador en el campo.....	33
La cabra del Sr. Seguin.....	42
En casa del médico.....	47
Los tres cuervos.....	52
Los aduaneros.....	56
La última lección de un maestro de escuela.....	59